

Graciela Illanes Adaro

Hacia Magallanes



CALMADAMENTE se aleja el barco de Puerto Montt, y atraviesa el Seno de Reloncaví con dominio y seguridad. Islas e islotes se suceden. Las visiones de tierra no desaparecen. De improviso se llega a Calbuco. Su conjunto es una oleografía espectacular. No hay un muelle que lo una a los viajeros marítimos. Esto hace que tenga más realidad su aspecto de telón de fondo. Se parece a algunas ciudades de las costas francesas que alguna vez se ven en acuarelas y tarjetas.

Pronto se deja Calbuco, y el paisaje se cambia por otro y otros.

Quinchao es la primera isla grande de Chiloé que se avista. Sólo tiene vegetación. Hay plantíos, pero no casas. Luego surge una pequeña población: casitas grises, algunos techos rojos, la iglesita en el centro de todo. El conjunto, muy típico. Todas las construcciones tienen su base a cierta altura. Están sostenidas por gruesos pilares. Algunas parecen jaulas de forma bastante especial. Todo Chiloé tiene esta clase de casas en el borde de sus islas.

Después de observarlas, miramos a la derecha; allí las construcciones están más dispersas, pero reluce el verde profuso. Son los campos de la porción más grande de tierra de este archipiélago.

Muy distante, se ven cerros azules. Son islas más lejanas.

Cuesta creer que se está viajando entre un sembradío de islas. Se recuerdan los días de la infancia, época en que se hacían mapas de esta región, y se señalaba este archipiélago con muchos redondines y montoncitos; representaban estas islas que ahora se van columbrando.

Dejemos a Chiloé con sus islas diseminadas, su belleza varia y tumultuosa, sus mitos y sus ensueños para seguir rumbo al sur.

Sigamos en esa trayectoria maravillosa que es el viaje por los canales.

A medida que se avanza, las viviendas se van distanciando hasta que no hay más que una que otra entre lejanías. ¡Qué agradable aspecto presentan en su soledad! Revelan una inquebrantable paz frente al mar lleno de bonanza. Generalmente tienen a pocos pasos un lanchón grande o pequeño, según la riqueza de su dueño y el destino que tiene. Es el medio de locomoción, y el elemento de enlace de los unos con los otros. A veces tiene las velas dispuestas en la dirección del viento; entonces es un velamen ansioso de surcar las aguas; a veces, rotas o caídas, descansan.

Después no hay viviendas a la vista: picachos, floresta, rocas, bancos de mariscos, nieve.

Y para cambiar completamente de aspecto, el paso del Corcovado, cuyo nombre corresponde a la realidad movедiza del mar, pues hace dar corcoveos al barco que poco antes se deslizaba por tan tranquila superficie. Los ligeros vaivenes hacen olvidar la apacible calma chilota.

No es largo este corcovear. Muy pronto el archipiélago de las Guaitecas, rodeado de una mar tranquila y cubierto de verdinegro cipresal, hace pensar en la rica maderа que de allí se ha extraído y en la que aun podrá extraerse.

En el Golfo de Penas, que también como el de Corcovado tiene un nombre que corresponde al sufrimiento originado por el mucho vaivén del barco, la gente se apronta para sufrir penas y

en verdad que las sufre; pero son penas cortas que luego se ahogan en la suave y deleitable navegación que sigue al sur.

Sea por llamarse «de penas», sea porque realmente las da, su paso produce inquietud en el ánimo de los navegantes. El movimiento del mar es enorme y contrasta notablemente con la gran serenidad del Canal Messier, en el cual el barco tiene un avanzar pausado y suave, tanto que a veces se duda que se vaya navegando. A ambos lados hay conjuntos de islotes. Algunas son montañas elevadas; tienen su cresta cubierta de nieve; de otras descienden cascadas. Se siente una sensación de plenitud, de grandeza por ir viajando en medio de montañas sumergidas. Ramas y hojas de verde intenso las cubren.

Los arco-iris se cuelgan de sus cumbres y se lanzan, osados, al mar. Están próximos al viajero. Puede decirse que con ellos, debido a la cercanía en que se producen, es posible cumplir el anhelo de los enamorados de pasar bajo su luminiscencia a fin de disfrutar de eterno amor.

Estos arco-iris que salen tan triunfales después de las pequeñas lluvias que humedecen al navegante de esta larga travesía, no son emblema de bonanza o lo son de una muy breve, pues lucen brillantes un corto tiempo para luego seguir la eterna cantilena de la lluvia. Se destacan en el verde de los elevados islotes y los iluminan a éstos, circundándolos.

El canal Messier, uno de los más hermosos, da sorpresas maravillosas, espectables, y una de ellas es el paso de la Angostura Inglesa.

Antes de atravesarla, los marinos se alinean. Cada cual toma su puesto. Los anteojos están listos para coger largas distancias.

Se piensa—quizá por qué—que tanto aparato es para la exportación, que no es necesario tanto movimiento, que esto es para dar un golpe de efecto en los pasajeros. Se ha recorrido tanto esta vía que cómo va a ser necesaria tanta meticulosidad. Seguramente todas las preocupaciones son necesarias, y no se debe dudar.

Es hermosísimo ver el rumbo que toma el barco frente a estos caminos estrechos que desde la distancia se ven más. La tripulación se amontona hacia la proa o la popa o bien sube a cubierta. Cada cual busca el paraje que cree ha de producirle un mayor dominio del espacio.

Las balizas dispersas aquí y allá son hitos señeros en el agua que muestran que por ahí el paso es peligroso. La curiosidad de la gente amotinada es enorme. Hay el mismo deseo en todas las mentes: saber por cuál de las estrecheces que se ven a distancia avanzará el barco; se observan varias, luego se sabe que por la más angosta. Todos se miran asombrados; se ven reflejos de inquietud en los rostros; las anclas están listas; ¡el paso es difícil! Se les hará arrojar apenas se note que el bajel ha errado el rumbo, a la más leve presión de una roca.

Sin embargo, nada sucede. La expectación no es larga. Pronto queda atrás el paso difícil. Desde lejos, la blanca imagen de la *Stella Maris*, resplandece.

Después de este lugar, aguarda la sorpresa de Puerto Edén: es una posta aérea en la cual existen alacalufes. Aquí el barco se detiene. Suben a dar noticias los oficiales de la Oficina de Radio. Son dos, Gaymer, el más importante, está en situación de asumir todos los poderes del Estado. Llevan largas patillas. Verlos en ese paraje hecho de islotes, mar cielo y aislamiento significa pensar en seres transformados por la naturaleza o que se ponen en contacto con los hombres civilizados después de haberse alejado de los centros urbanos. Parecen viajeros que ha dejado un barco olvidado y que éste va a recoger para retornarlos a la vida civilizada. Se recuerda a R. Crusoe y a todos aquellos,—seres reales o imaginarios—, que llevaron una vida de soledad en pleno contacto con los elementos.

Puerto Edén con sus alacalufes y su estación de radio es el único punto que une lo que dejamos con lo que vamos a ver o sea la vida de las ciudades.

Junto a la casa bien construída de los sub-oficiales, están las

misérrimas rucas de los indios, cuya raza ya se extingue (tal vez sean 400 actualmente), y cuyos sueños—si es que los tienen tras su mirada opaca—se pierden en la soledad de los islotes. El hielo ha aterido sus mentes y enfriado sus ideas, pues éstas no salen a la luz ni las revelan en realidades. Viven en forma deficiente, en rucas circulares en forma de cúpula de cuero de lobo; en ellas la podredumbre y el desorden suplen a toda noción de la vida sana e higiénica. En el centro, un leño encendido; alrededor cinco o más niños desnudos sobre unos cueros; diseminados en un pantano cholguas y pescados.

Estas rucas—todas son más o menos lo mismo—no duran mucho tiempo ubicadas en el mismo lugar. Pronto las deshacen y se van a otro refugio. Quizás cuál será el motivo que tienen para cambiar su vivienda.

Esta ruca generalmente la habitan la mujer y los niños; el hombre viene a guarecerse en ella sólo en época determinada.

Algunos alacalufes—los más civilizados—salen a los barcos a pedir ropa, alimentos que ellos no tienen, y las mujeres solicitan además cosméticos para pintarse. Pedro, el servidor del subteniente Gaymer, es conocido de los viajeros; también la Rosita y la Margarita. Saben algo de español para darse a entender, pero también dan noticias en su lengua de palabras aglutinantes de lo que no pueden expresar en español. El padre Torres, salesiano, que ha explorado esta región y les conoce muy bien, les ha enseñado algunas nociones. Gracias a él, puede obtenerse alguna conversación con ellos. Cuando se les interroga, tardan en contestar; vuelven desde lejos, de su propio mundo. Parece que contestan ubicados en un pasado remoto.

Sus caras son muy feas y toscas. El cuerpo se asemeja a una flecha sin punta que al estar en el agua le permite alcanzar gran cantidad de espacio. Los pies son gualetudos, aptos para la navegación, anchos hacia los lados. El empleo especial que les han dado, se los ha transformado. Lamarck formuló su cuasi ley seguramente frente a observaciones como ésta.

El paso del Indio, lugar vecino a éste y que seguramente debe su nombre a la existencia de estos alacalufes, quita la pobre impresión que ellos dejan; embelesan sus maravillosas montañas a corta distancia del lugar de contemplación. Sobre ellas las cataratas aligeran su carga; la nieve blanquea en las cumbres y el verde profuso de sus faldas envuelve sus formas perennemente. ¿Qué secretos guardan? Es difícil saberlo, porque aun están inexploradas. Las enormes cascadas que descienden por ellas constituyen el deleite de los viajeros; parece que fuera toda nieve la que baja de la cima al mar. ¡Qué blancas estarán estas montañas en todo el rigor del invierno! ¡Qué hielo estremecerá las carnes de las que las contemplan! No obstante, ¡qué hermoso ha de ser verlas!

Frente a ellas el barco da pitazos que contesta el eco una y dos veces.

Entonces se piensa en seres invisibles, pero de potente voz, que allí se refugian. ¡Con qué energía y fiereza contestan a los roncós sonidos del cañón del barco!

Durante rato largo el barco marcha en amena conversación con los seres invisibles de las montañas; los viajeros escuchan interrogantes.

Antes de llegar al Golfo Tamar, se avistan los tres cascos de los buques sumergidos y sus mástiles. Este es un paraje de triste recordación. Señalan el rumbo que siguieron en su desviarse: son especie de balizas que dan señal de abismo. Según el decir de los marinos, los cuerpos de los seres que navegaban en ellos, están dentro intactos. El hielo los ha conservado, y el agua ha respetado a los habitantes de estos barcos que con osadía derribó.

Es una cosa extraña, irónica, que hayan naufragado a no gran distancia de Puerto Bueno, donde el mar está en remanso. Aquí se detienen en la noche las navegaciones cuando hay niebla y peligro de desviarse hacia alguna roca. Los islotes monta-

ñosos que forman este lugar, son de variada forma y contextura. Tienen copihues y chilcos. ¿Por qué serán flores de color rojo las que exornen estos verdes y aislados parajes? ¿Qué mano tiñe de tan vivo color estas flores?

Aquí hay también bancos de choros de fácil acceso, y siempre una bonanza y una quietud que es por lo que ha merecido el nombre de que disfruta.

El recuerdo del Golfo de Penas, de nombre histórico, hace que en el Golfo Tamar, donde no hay temores de vaivenes violentos, la gente se recuesta mansamente en espera de violencias y cambios.

Aquí los hielos flotantes se divisan en lontananza. Son especie de fantasmones vestidos de blanco como muchos seres irreales. Son visiones raras que la fantasía ha bosquejado.

No sólo estos monos de hielo parecen seres fantásticos. También dan pábulo a la imaginación los guiños de los faros que los escampavías mantienen encendidos. Estos faros con sus guiños nocturnos pertenecen a un mundo de ensueños y de leyenda, porque crean a los pobladores de la noche de esas montañas semi-sumergidas.

Teniendo en las horas obscuras por guía sus luces, se llega hasta el Cabo Froward, el punto más austral del continente. Tiene una cruz inmensa en la cima de una roca montañosa. Sus brazos se abren como símbolo de amparo a los navegantes. Es la más grande del mundo en lugar de esta naturaleza. Contemplándola, inmediatamente se piensa en el trabajo inmenso que significó hacerla, dado lo escarpado de la roca en que se encuentra, y del viento fuerte que sopla constantemente junto a ella. Sin embargo, la fe y el tesón vencieron, y allí está suspensa, erguida, magnífica. A los que siguen estas rutas les da ansias supraterrénas de inmortalidad.

Al frente del Cabo Froward, se avista la isla Dawson. Hace pensar—con conocimiento ya adquirido—en la reducción de indígenas que han formado allí los salesianos. Seguramente

sus moradas ya no tienen la pobreza y rusticidad de las de Puerto Edén. Tal vez hay allí algún templo pequeñito e insignificante frente al magnífico que es todo el Universo, en el cual los naturales hacen la cruz con mano torpe y oran sin penetrarse de la oración, pero esperan ahora una vida de celestiales visiones. Esto los alienta; así su existencia se torna más digna y superior.

Si de regreso de Punta Arenas, el viajero se dirige hacia Puerto Natales, en el camino le sorprende el Paso de Kirque que es otra maravilla incomparable. Es angostísimo. Tal vez 60 metros de ancho. Los islotes se juntan para formar un todo que, desde la distancia, se ve compacto. El barco parece que va a tropezar en ellos: avanza tan derecho a su encuentro. Luego los islotes comienzan a separarse; uno está a pocos metros de distancia del otro. No se concibe cómo el barco puede pasar entre ellos. No obstante, a medida que éste se aproxima, parece que se hicieron a un lado; aún más, parece que se alinearan para ver al caminar. Gracias a esta aparente ordenación el barco sale de esta angostura de difícil tránsito.

No sólo ofrece expectación por este motivo el Paso del Kirque, sino, además, porque debe haber corrientes favorables para que puedan surcar sus aguas. Si no las hay, todo vehículo debe detenerse, y esperar la hora propicia. ¡Qué pericia náutica tienen que poseer los que manejan!

También aquí como en la Angostura Inglesa los anteojos para larga visión enfocan las distancias. Todos observan lo que más pueden.

¡Cuántas lecciones de viva geografía se reciben en este hermoso recorrido! No puede menos de recordarse a los que nos han precedido en este maravilloso viaje, especialmente a aquellos que la historia menciona. Los nombres de muchos archipiélagos e islas están señalando en esta ruta su espíritu aventurero y explorador, su inclinación hacia los descubrimientos, y su afán por recibir emociones de esta índole.